

## Capítulo 1: Dos viejos alquimistas

Lyon, quizás en el año 1824. Los vestigios del imperio napoleónico morían en silencio mientras las sangrientas guerras que habían amenazado a Francia durante tanto tiempo ahora volvían a lucharse en el exterior. Era un pequeño respiro para sus ciudadanos, los cuales volvían a sufrir un absolutismo férreo que parecía volverse cada vez más irreconciliable con los modernos pensamientos que habían estallado en la pasada revolución, y la delirante firmeza del nuevo rey a la hora de abrazar de nuevo las antiguas tradiciones, heridas ya de muerte por las últimas sublevaciones, dejaba bastante claro que una nueva gran revuelta popular acabaría ocurriendo eventualmente. Por suerte, esto podía tardar varios años todavía, con lo que a esta etapa de calma que precede a la tempestad se podía llamar, no sin cierto cinismo, “tiempo de paz”. Las ciudades importantes se beneficiaban de los modelos de producción modernos e incluso se formaban otras nuevas para que cientos de miles de trabajadores llevaran sobre sus hombros la dura carga que suponía el progreso.

Entre estas afortunadas ciudades se encontraba Lyon; una muy poblada urbe que disfrutaba de un periodo de relativa bonanza económica. Esto, sumado a la inmigración de la creciente industria, hacía que la entrada y la salida de extranjeros fuera algo casi imposible de controlar, aunque las autoridades estaban especialmente permisivas en ese sentido ya que “eran tiempos de paz” y aparentemente nada había en Lyon que tuviera que ver con los conflictos exteriores. Como ciudad en crecimiento, la modesta Lyon se convertía rápidamente en una gran metrópoli poblada por completos desconocidos que venían de todas partes. De todas formas, casi todo lo que entraba generaba dinero y esto los de arriba lo sabían muy bien. Con la bolsa y la barriga llenas, todos habían bajado la guardia. Ningún ser humano hubiera imaginado que el último engranaje del mecanismo del fin del mundo empezase a girar ese mismo año, en esa ciudad floreciente y llena de vida; quizás ni siquiera el alquimista. Allí estaba él: envejecido de aspecto y más viejo en su cansada alma. Había aprovechado esa situación única para adentrarse en ese lugar, como un sutil veneno, para encontrar así sus secretos. Aunque su semblante permanecía totalmente inexpresivo, en sus ojos amarillentos y cansados aún quedaba un pequeño punto brillante en donde se reflejaba la ambición de su espíritu. Habían pasado muchas cosas y, como en toda vida que se precie, todo demasiado deprisa.

Su viaje empezó en Praga, la ciudad donde había renunciado a su alma; después cruzó por la inmensa Rusia en busca de las enseñanzas de sus sabios. Luego entró en Asia hasta su mismísimo corazón, donde encontró una pista que le llevó a Grecia. Siempre de un sitio a otro, como persiguiendo un sueño; como si tuviera la esperanza de que el polvo del camino dibujase

en su interior la respuesta que buscaba. Siempre acompañado, pero siempre en solitario, atravesó la India y conoció en profundidad las corrientes de pensamiento de sus grandes filósofos, lo cual le hizo avanzar mucho en su incesante y desesperada búsqueda. Finalmente, acabó su viaje en la vieja Alejandría. Allí, en esa ciudad siempre resplandeciente para el que sabe dónde mirar, supo que debía volver a Europa, donde todo acabaría por fin. Por las ciudades del ya decadente reino de España encontró la última fuente que necesitaba. Ya tenía todo lo que hacía falta para llevar a cabo su plan. Había probado sus conocimientos en numerosas ocasiones y había logrado casi el efecto que esperaba. Sin embargo, toda una vida de aprendizaje le había dado unas habilidades que necesitarían aún años para alcanzar el nivel de perfección que su búsqueda requería. Esta vez también le faltaba tiempo y un lugar adecuado, pero ya estaba acostumbrado a ello. Quizás era eso lo que estaba malgastando ahora, pero jamás se permitiría el error de no verificar antes la existencia de la más legendaria creación de los alquimistas: la piedra filosofal. Podía ganar el tiempo de varias vidas o perder la suya; valía la pena. Si conseguía encontrar ese instrumento, le sería mucho más fácil llevar a cabo la que sería su última gran tarea en el mundo: la Magnum Opus del alquimista Eckhart Solberg; un legado cuyo eco perviviría por la eternidad... o se desvanecería en el negro abismo del fracaso al que tantas otras veces se había precipitado tanto él como muchos otros genios igualmente brillantes.

Desde luego, localizar el paradero de los manuscritos del antiguo alquimista francés, Nicolas Flamel, no era tarea fácil. Había tenido que gastar cuatro años de su vida para aumentar la ya cuantiosa fortuna de la casa Solberg. A pesar de haberla cuadruplicado en un tiempo relativamente corto, en el intervalo que llevaba en búsqueda de esa sabiduría lo había dilapidado ya casi todo. Del genio francés no había encontrado nada lo bastante sólido, salvo tal vez un puñado de habilidades que había adquirido usando su más valiosa moneda de cambio: el tiempo. No se arrepentía de ello, puesto que todas y cada una de ellas serían necesarias para terminar su búsqueda y hoy le habían permitido acercarse lo suficiente a los pasos de Flamel como para sentir cercana su victoria final, mucho más tangible ahora que en el inicio de su frenético viaje, donde era poco más que un loco que trataba de cazar el viento. El tiempo justo, porque el tiempo nunca jugaba a favor de los humanos, y menos aún de los alquimistas como él. Eckhart tenía la apariencia un hombre de unos cincuenta años, aunque tras la impresión inicial se adivinaba que era mucho más viejo. Además, tenía la costumbre de no llevar nunca sombrero, y dejaba caer sobre sus hombros una desaliñada melena plateada, más fruto del paso del tiempo que por el gusto del propio maestro alquimista. Era un aspecto extravagante pero no descuidado en exceso que le había acompañado ya muchos años a fuerza de apenas fijarse en él mismo. Su traje, tan anacrónico como él mismo, iba cubierto por una larga capa de viajero negra, gruesa y pesada bajo la cual ocultaba varias maletas de iguales características.

De no ser por su altiva forma de moverse, habría parecido un pordiosero que llevara un desgastado disfraz de noble. Sus ropas eran ya como su piel: curtidas por su larga odisea e impregnadas de experiencias, fueran

victorias o derrotas; sólo la alta calidad de éstas había permitido a sus respectivos tejidos aguantar las fatigas del viaje sin mostrar demasiado su desgaste. La corta barba del alquimista era lo único que parecía mantenerse cuidado; elegantemente recortada en tres picos, le daba un aspecto aún más noble y disimulaba tanto su ligera ausencia de labio superior como su barbilla un tanto puntiaguda. Caminaba erguido y mirando al vacío del horizonte, como si su sentido de la vista se encontrara completamente inmerso en sus propias ambiciones. Como último de sus rasgos más destacables, se encontraba su nariz alargada y aguileña, que completaba la pintoresca imagen de su rostro sin arrebatarse del todo su humanidad.

Miró a su alrededor por un instante, absorto por el constante movimiento. Las calles de esa ciudad eran como las de cualquier otro lugar del mundo: un patrón similar, pero con un estilo diferente que creaba una fabulosa melodía de esplendor en cada una de ellas. Sin duda Lyon no era una excepción. Había una gran diferencia entre los barrios nuevos y los antiguos; un contrapunto que se acrecentaba incluso más entre los barrios ricos y los pobres. Lo normal. Acalló sus pensamientos con un parpadeo y se acercó a la parte exterior del ruidoso local donde se podía ver a dos hombres de aspecto peligroso y claras intenciones. Eran como había imaginado. Pero el maestro alquimista había aprendido que, a veces, la única forma de escapar del destino es correr hacia él, desafiante. Miró al que parecía el más sobrio de los dos individuos y preguntó con una voz profunda y altiva:

—Busco un rumor.

Los dos hombres levantaron la cabeza y miraron con desgana al tipo que se les había plantado delante. Uno de ellos, que tenía una desagradable cicatriz en el ojo derecho, siguió durmiendo como si nada, pero el otro decidió que podía obtener algo útil de esa conversación.

—Tenemos muchos rumores... para vender. ¿Tienes dinero k'ofrecernos?

—Menos del que quieres, más de lo que mereces. Lo justo.

Y dicho esto, sacó una pepita de oro como una diminuta semilla, y se la puso en la mano al hombre de la barba sucia.

—¡Ah, *mon Dieu!* ¿Es eso auténtico?

—Pesa como si lo fuera —dijo apaciblemente la imponente figura de negro—. Lo que sea que quieras comprobar, hazlo rápido. Tendrás otra más si haces bien de guía.

El maleante la mordió hasta casi saltarse un diente. Luego, se dirigió a su compañero.

—¡Eh, Jacques! —le gritó zarandeándole con una mano— ¡Va a hacer falta que hagas memoria hoy! ¿Qué le interesa saber al caballero?

Jacques era un hombre de aspecto derrotado y una cicatriz desde la ceja hasta la mejilla que le cegaba un ojo. Por la edad que aparentaba bien podía haber luchado en las guerras napoleónicas... o haber salido mal parado de una pelea callejera. En cualquier caso, lo que importaba era lo que era ahora: un hombre que había bebido hasta casi perder el sentido. Eckhart se dirigió de nuevo al más consciente de los dos:

—Se dice que por estas calles hay una casa... embrujada que perteneció a un alquimista, hace ya muchos años. Era alemán y se le relaciona con los espejos. Eso es todo lo que sé. Quiero que me guiéis hasta allí y me digáis todo lo que sepáis acerca de ella.

—¡Como mande usted! Seguro que habla de *le Maison du Diable*, aunque como usted comprobará, no tiene nada de *Maison*. ¡Jacques! ¡Levántate, perro borracho, hemos de ganarnos un dinero!

Con un gruñido digno de un oso pardo, el hombre de la cicatriz se levantó del suelo. Luego miró a Eckhart y su expresión cambió por un instante para recuperar después el aspecto torpón que la bebida le había otorgado. Aquel individuo tenía la mirada de un animal salvaje; sería mejor no subestimarle. Atendiendo a un gesto del compañero de Jaques, a quien había bautizado secretamente como “el de la barba sucia”, se limitó a seguir y a escuchar, o al menos a usar toda la concentración que le quedaba en intentar mantenerse recto.

—Es una casa en un callejón sin salida donde ya nadie va, ¿sabe? —dijo este último marcando su acento aún más para que sonara correcto— La gente tiene miedo de lo que no se ve... pero se siente. Como si los dedos del diablo t’estrujaran el corazón. Antes, hace casi un siglo, habitaba allí un alemán raro, pero raro, ¿sabe? Alquimista, brujo, nigromante o qué sé yo. ¡Malditos sean los alemanes y todo lo que con ellos se relaciona! Un día desapareció sin dejar rastro, y mire que le digo que bastante poco salía de casa el hombre. A mí esto me lo contaba mi abuela para que nunca fuera allí, y aunque era uno de los criajos más valientes de la ciudad no tenía un pelo de tonto: nunca me atreví a entrar. Jerome el Alto lo hizo y no llegó ni a los veinte con vida. Si no lo sabré yo. —El hombre de la barba sucia se deshizo del miedo con un escalofrío. Después, continuó:

—Todo lo que queda de él en la vieja casa es una presencia siniestra de verdad. Da escalofríos sólo pasar por allí incluso después de tantos años. Me pone la carne de gallina. Mire como tengo el brazo, mire. —El maestro alquimista se apartó con una mirada de desprecio—. Además, mucha gente dice que al pasar, si se presta atención, se pueden oír las carcajadas del diablo que ahora tiene en sus manos el alma de ese pobre desgraciado. Yo creo que lo que habría que hacer es quemar esa casa y quitarse de encima todas esas maldiciones y cucarachas podridas que allí se esconden.

—Dame más información sobre eso —inquirió Eckhart—. Sobre esa... presencia. Necesito saber más sobre lo que me voy a encontrar. O más bien dónde.

—¿Ah, pero vas a entrar?! ¿Dentro la casa? ¡Ahí yo no entro ni por otra pepita más como ‘ésa!

A pesar de la afirmación, vio los ojos de su guía brillar de codicia, como esperando una oferta superior a lo que había dicho. Pero el alquimista se limitó a decir:

—Estoy seguro de ello. Sólo dame la información que necesito.

—Bien, bien —prosiguió el francés más relajado—. Pues... se dice que hay allí un espectro que vive en los reflejos ¡Si entras dentro de la casa no t’acerques a los espejos por na’ha del mundo! También hay símbolos satánicos en algunas habitaciones... donde el alemán ejercía sus malas artes. ¡Brujería de la peor, se lo digo yo! ¡Y además en el corazón de nuestra ciudad! ¡Es repugnante! Ahí la tiene: es eso de ahí al lado.

—En una ciudad donde las ratas se devoran entre ellas, un alquimista es casi siempre una bendición —replicó Eckhart sin mirar la impresión que

sus palabras habían causado a sus dos guías—. Ya podéis ir, no creo que tarde mucho, pero espero no encontraros cuando salga.

—¡Claro, ha sido un placer, *monsieur*! ¡Jacques, *allez*! ¡Tenemos cosas que hacer!

El maestro alquimista tiró la pepita al aire y se giró hacia el interior de la penumbrosa casa. Fue entonces cuando el viejo Jacques —del cual no habían necesitado demasiada ayuda, después de todo— cogió la pepita en el aire con toda la vitalidad que había parecido faltarle antes y echó a correr tan rápido que las palabras de su compañero apenas le alcanzaron:

—¡Maricón! ¡Hijoputa!

El hombre de la barba sucia salió a todo correr detrás del que había sido su compañero durante un rato. Eckhart intuía sus planes, y de momento no le interesaban. Ya habían servido a su propósito.

A pesar de haber un agujero considerable donde en otro tiempo debía hallarse la puerta, no entraba nada de la iluminación de fuera y apenas se distinguían las formas en la oscuridad. El alquimista sacó dos frascos de sus bolsillos y usó parte de su contenido para encender un farol viejo que encontró en la casa. Serviría por el momento pero, aunque confiaba en sus habilidades, aquella lámpara medio corroída llevaba a sus espaldas más años de los que podría aguantar y no debía fiarse. Tras bajar al sótano, encontró una puerta que daba a una vetusta alcoba con olor a humedad, posiblemente el lugar de trabajo del alemán. La habitación estaba adornada con cientos de delicadas telarañas con las que se podrían tejer unas cortinas de mejor aspecto que las que allí había; sobrecargados e indescifrables apuntes dominaban el suelo, a juzgar por su estado medio fundido desde hacía ya mucho tiempo; una mesa pequeña con un antiguo candelabro, una silla devorada por un extraño moho ocre y, en el centro de la sala, un enorme espejo de cuerpo entero con un círculo alrededor. “Símbolos satánicos”. Esos idiotas no podían estar más equivocados: se trataba de una serpiente uróboros esculpida directamente en el suelo, con escrituras grabadas a cuchillo formando el nudo sin fin en el interior de ésta. En el exterior de ambos símbolos había un octógono con un inmenso triángulo que encerraba el pentagrama. Un símbolo curioso e inusual, pero brillante. Sin dejar de prestar atención a su alrededor, Eckhart empezó a pronunciar en un correcto alemán:

—¿Sabes? Tengo una curiosa habilidad que me permite conocer los sentimientos de los demás, siempre que mi concentración sea la adecuada. Ya veo que tienes ganas de matarme, pero espero que podamos llegar a un acuerdo. Siempre puedes... intentar lo que creas conveniente después de nuestra pequeña charla.

Lo único que le contestó fue el graznido de un cuervo curioso que se había posado en el soporte de una de las vigas junto a las escaleras. Finalmente, tras una larga pausa, una voz juvenil y burlona resonó en la oscuridad:

—Así que no hay factor sorpresa, ¿eh? Nunca nadie se había dirigido a mí en ese tono. Cortés, pero EX-TRE-MA-MEN-TE insolente. Acércate al espejo.

—¿Te importa que tome asiento?

—Mi casa es tuya —contestó educadamente la voz—, claro que ésta ya no es mi casa. Acércate.

Eckhart levantó la silla tratando de conjeturar si ésta resistiría su peso. Finalmente, la colocó delante del espejo y se sentó. Ante él apareció la figura

de un arlequín vestido de morado y rojo, con un poncho negro que le cubría desde el cuello hasta los brazos como las alas de un halcón. La figura del espejo hizo una exagerada reverencia y miró al alquimista con sus ojos amarillos y su sonrisa desencajada. Esto era diferente.

—Curioso. No esperaba verte en este atuendo, gran sabio.

—Sabio...sabio. ¡Sabio! ¿Sabio? Ah...sabio.

—¿Acaso no eres... Gilbert, el alquimista?

—Gilbert. El joven-viejo Gilbert Mayer. Lo era. ¿Lo soy? Lo sería... **¡denoestarENCERRADOENESTEMALDITOESPEJO!**

El arlequín golpeó con furia lo que parecía una barrera entre dos mundos. Luego, desvió su mirada hacia el alquimista para observar su reacción. Ni se había inmutado.

—¿Tanto llevo en éste endemoniado espejo que hasta me he hecho famoso? Gilbert no. No más, de momento —prosiguió el siniestro personaje—. Mi nombre es *Diable*.

—Tú estudiaste hace mucho tiempo unos documentos —dijo con serenidad— que pertenecían al famoso grimorio de Nicolas Flamel, ¿cierto?

—¡Tan cierto como falsa es la afirmación de falsedad de mis falsas palabras falsas!

Ignorando el estúpido juego de palabras de *Diable*, el maestro alquimista continuó:

—Bien...en ese caso, me podrás contar lo que te ocurrió.

—Ah, ¿pero hay cambio? ¿Trueque? ¿Trato? —canturreó *Diable*— ¡¿En qué libre mercado los tratos con el mundo han acabado!?

—¿Cuál es tu precio?

El arlequín soltó una risotada, sacó de la nada una baraja de cartas y empezó a hacerlas volar de una mano a otra de maneras cada vez más imposibles.

—¿Cuál es mi precio, cuál es mi precio? ¡Cuál es tu oferta! Las cartas de un buen jugador jamás se muestran deprisa, señor...

—Solberg. De nombre Eckhart. Y ahora que nos hemos presentado, será mejor que sepas que mi oferta es liberarte de este espejo.

La expresión de locura del bufón cambió de repente a la de sorpresa y la baraja de póquer francés se desperdigó en el aire de manera que parecieron llover cartas dentro del espejo.

—¿Cómo? ¿Sería posible? ¡¿Podría ocurrir!?! ¿Cuál es el truco? ¿Cuál el secreto? **¡¿Cómo es posible sacarme de aquí!?**

La teatralidad del extraño personaje se volvía tan insoportable como el olor a moho, pero si había algo que Eckhart hubiera adquirido tras tantos años era la paciencia de un arácnido. Y hoy *Diable* no era sino su escurridiza presa.

—¿Te interesa entonces? —dijo el alquimista.

El diabólico arlequín salió de un salto del espejo chillando:

—¡NO!

Y al ver que su huésped seguía sin mostrarse sobresaltado, añadió con un sobreactuado gesto pensativo:

—¿O sí?

—Eso lo debes decidir tú. Sé que tu existencia no se encuentra limitada del todo al espejo, pero a pesar de eso estás atado por ciertas...reglas. ¿Me equivoco?

—Un tipo inteligente, no está mal. ¿A Gilbert Mayer podrías liberar?

—Para saberlo deberías cumplir con tu parte del trato, porque a diferencia de mí, podrías escapar fácilmente y no tengo tiempo para perseguirte, *doppelgänger*.

La carcajada chillona y frenética del demoníaco burlón contagió la sala entera con su locura, creando un extraño eco por toda la habitación.

—¡Muy mal! ¡No señor! —se quejó *Diablo*— Así que no es usted tan perfecto, ¿eh?

—*Doppelgänger* —prosiguió Eckhart— es un ser que supone la copia exacta de un sujeto determinado, como escapado del reverso de un espejo. Pero tú eres un tanto especial, *Diablo*. Lo que realmente haces es usar los reflejos de la gente, imitarlos para encarnar tu voluntad en la imagen del reflejado, e incluso cambiar algunos aspectos de éste si te place. Parecido al mito griego de Proteo.

—Más nunca lo olvides: Proteo era feo, y yo era un buen mozo gallardo y apuesto.

—Por supuesto —se percató de que, para su desgracia, la forma de hablar en verso del *doppelgänger* era desagradablemente contagiosa—. ¿Podrías mostrarme tu poder?

—¡A mandar! ¡Un placer! —chilló la figura del espejo cambiando de nuevo su forma de expresarse.

Y dicho esto se transformó en un sonriente Eckhart vestido de inquisidor y con expresión sombría, que caminó orgulloso hacia el interior del espejo.

—Asombroso —asintió el maestro alquimista, más sin parecer demasiado impresionado—. Entonces, ¿me ayudarás en mi búsqueda hasta el final si te ayudo a ti antes?

—No, te ayudaré en tu búsqueda hasta el final porque se nota que eres un maldito tunante igual que yo —contestó el *doppelgänger* imitando de forma ridícula la voz grave de Eckhart— ¡Y no hay nada que me divierta más que ser un actor en el escenario del mundo! —prosiguió volviendo a su tono infantil— Lo único que no es divertido es que parece que a ti no puedo engañarte, así que si te conviertes en el Shakespeare que escribe los guiones, yo seré tu Thomas Otway particular.

No tenía ni idea de quién diablos era Thomas Otway, pero parecía ser que había mordido el anzuelo. La primera impresión que tuvo fue que *Diablo* era, en efecto, un diablo mentiroso, pero al parecer se trataba simplemente de un ente casi infantil al que le gustaba estar envuelto en un ridículo manto de misterio e ilusión; un mago de feria. El engaño era su instrumento para transformarse a sí mismo en cualquier cosa. El alquimista del espejo no era un *daemonio* o un ser inferior, sino un hombre que había logrado transmutar su alma. Sin duda era un loco, pero debía reconocer su genio. Eckhart sonrió y exclamó:

—En ese caso...ya no eres Gilbert Mayer. Tú mismo has tenido la respuesta ante ti todo este tiempo.

—¿Qué?!

—Ya lo has oído. Tu alma se convirtió en esto... *Diablo*; esto es lo que eres. No puedes salir intentando alterar tu alma como cuando te cambiaste a ti mismo porque la fórmula es distinta a la que empleaste cuando eras

Gilbert el alquimista y la transmutación es ahora totalmente diferente. Ya no eres lo mismo. Si lo hubieras intentado de nuevo con tu viejo método habrías muerto, pero no has podido, ¿verdad? ¿Has olvidado detalles de tu vida?

El rostro del Eckhart inquisidor se ensombreció con expresión dolida, para un segundo después proferir una sonora risotada mientras se transformaba de nuevo en arlequín.

—Tantos años encerrado, desesperado, ensimismado enfrascado EN-LOQUECIDO! Y el error que tenía era tan simple... ¡Que jamás llegué a pensarlo! ¡Tontotontotonto TONTO DE MÍ! ¡Ah! Proceda, señor Solberg, aquí hay cierto fragmento de cierto diario, con algunos apuntes añadidos más ciertos aún. Pero para ser capaz de transmutar, por así decirlo, mi alma fuera del espejo le hará falta además una buena dosis de ingenio. ¡Te veo en un par de años, pues!

—Con concentración suficiente, un único día me bastará —repuso el maestro alquimista.

*Diable* le entregó el texto y metió rápidamente su mano en el espejo. Su sonrisa burlona ahora iba dirigida hacia él. No creía que fuera capaz de hacerlo en el tiempo que había dicho.

Examinó el pergamino que el *doppelgänger* le había entregado. Parecía relativamente nuevo comparado con todo lo demás, aunque estaba bastante arrugado y olía tan mal como el resto de la estancia. Ésta era su primera gran pista en aquel lugar.

—Me lo llevaré y en cuanto termine mi... labor volveré y te liberaré de la maldición que tú mismo te causaste. Pero ten presente que si sale mal no quedará de ti ni el espejo en el que estás.

Ignorando estas últimas palabras, los ojos de *Diable* se encendieron mientras gritaba de nuevo con su voz estridente:

—¡No me digas que además sabes por qué estoy encerrado!

Eckhart se dio la vuelta y mientras se alejaba hacia la salida se limitó a responder:

—Porque te salió mal: aunque adquiriste la inmortalidad y quizás algunas... habilidades peculiares, parte de tu alma se transmutó en este espejo y por eso puedes salir de él, pero no alejarte demasiado ya que contiene tu misma esencia. —Y murmuró en voz baja—: Lo que no sé es por qué el espejo.

—¡Absolutamente brillante! —dijo el diablillo burlón, riendo con extática locura desde la lejanía— ¡Eres de lo que no hay! ¡Un mesías! ¡Un visionario! ¡Un auténtico y genuino genio! ¡Un maestro! ¡Te quiero!

Antes de volver a la entrada, el alquimista apoyó sus maletas en la mugrienta pared. Luego, se acercó caminando a la salida, desenvainando con extraña delicadeza la espada que llevaba oculta bajo la enorme capa negra. Un estoque francés hecho para atravesar las más pesadas corazas, pero modificado y adaptado a la esgrima de los grandes maestros modernos de Italia y España. Había varios hombres con puñales esperando fuera, entre ellos Jacques y el hombre de la barba sucia, que parecían haberse reconciliado. Esperaban que tuviera encima más oro. Tal y como lo había previsto.

—Esta espada se llama *Estoc* —empezó diciendo el alquimista al salir—. La encargué a un humilde pero eficiente herrero en Toledo. Es una espada bastante especial, porque aunque no sirve demasiado para cortar...



Antes de que pudiera terminar la frase, el primer asaltante dirigió su cuchillo hacia él, cerca del cuello, con intención de intimidarle. Con un golpe de hombro, desvió la mano de su adversario sin siquiera rasgar la tela de capa de ébano, y mientras adelantaba el brazo atravesó el corazón de su desafortunado contrincante. Continuó hablando con el mismo tono amable:

—...es excelente para la esgrima, en especial para atravesar enemigos.

—Somos muchos —dijo el hombre de la barba sucia—. ¡Entréganos el resto de oro que tengas y te dejaremos marchar! Lo vamos a hacer por las buenas o por las malas.

En efecto, quedaban cinco, pero ninguno de ellos estaba armado con más que una daga larga. Además de Jacques y del hombre de la barba sucia, los demás eran bastante jóvenes y no tenían pinta de saber muy bien lo que se hacían. Estaba claro que la muerte repentina de uno de ellos les había asustado más que enfadado. Sus posibilidades eran más de las que creían.

—¿Así que buscas lo que te di antes? —Eckhart sonrió y metió la mano en el interior de su chaleco, sacó cuatro piedras de color grisáceo y las arrojó al suelo con desdén—. Tómalo.

—¿T'atreves a burlarte de nosotros!?

—En absoluto —contestó el sonriente alquimista—. Mira tu bolsillo, si es que es allí donde guardas tu "tesoro".

El ladrón barba-sucia se metió la mano en un saquillo oculto del interior de su camisa y en vez de la pepita que esperaba sacó otra piedra grisácea como las que el hombre de negro había arrojado al suelo.

—¿Cómo...?!

—Muy sencillo —dijo Eckhart burlándose de él—. Existe una sustancia, inventada por un timador moscovita, que en contacto con ciertas rocas se disuelve y se mezcla con éstas, dándoles unas propiedades casi exactas a las del oro, al menos durante un tiempo. El mismo zar, cuando consiguió capturarlo, se maravilló tanto del ingenio del timador que prometió perdonarle la vida a cambio de la fórmula de su maravilloso invento. Es una historia mucho más larga e interesante, pero no es el momento ni el lugar para contarla... y no viviréis lo bastante como para disfrutar de la sabiduría que ésta contiene.

—¡T'arrepentirás de esto, maldito brujo! —chilló tirando la piedra al suelo con rabia— ¡Vaya si t'arrepentirás!

—Lo dudo. Sabía vuestras intenciones de robarme desde el principio —dijo esquivando con facilidad el avance de los maleantes—, así que me adelanté, obtuve toda la información que necesité de vosotros y me aseguré de que me tendieseis la emboscada en un lugar donde pudiera mataros sin problemas —y luego añadió con un tono mucho menos amable—: Aquí.

Otros dos hombres cayeron al suelo. Lo habían elegido porque parecía uno de esos extranjeros con demasiado dinero y aprecio a la vida como para oponer resistencia y, sin embargo, parecía bailar elegantemente mientras ellos sufrían una baja tras otra. Era un demonio.

—Soy demasiado viejo como para perseguiros —dijo el alquimista—, huid y recordad esta lección.

Mentía. Ni siquiera estaba jadeando aún. Sus pasos eran rápidos y seguros, dignos de un bailarín que ha repetido una y otra vez los mismos movimientos.

Al final sólo quedaron dos de los seis asaltantes iniciales en pie: el hombre de la barba sucia y Jacques, cuya expresión era muy diferente a la del borrachín que les había acompañado antes; su mirada irradiaba esa sabiduría del soldado que ha librado ya muchas batallas. Era como si con esos hombres le estuviera probando. No había duda: Jacques era el que había organizado esa cuadrilla de bandidos. Finalmente asumió su papel como el verdadero cabecilla y exclamó:

—¡*Retraite!*

Mientras los dos supervivientes se alejaban a toda prisa, el maestro alquimista recogió las piedras con una elegante reverencia, limpió su hoja con un pañuelo, volvió a entrar en la casa abandonada y salió de nuevo con su equipaje. No le convenía tener enemigos de momento, así que se aseguró con un vistazo de que todas las heridas fueran mortales y dejó los cuerpos de los bandidos desangrándose en el oscuro callejón. No se molestó en rematarlos; había atacado a los órganos vitales y no vivirían mucho aunque los trataran de inmediato. Uno de ellos había dirigido la vista hacia el hombre de negro, clavando en él su mirada ya sin vida. El cuervo que había dentro de la *Maison du Diable* olió la muerte en el exterior y revoloteó en silencio, como deleitándose ante la visión del festín que había sido preparado para él.

—Me hubierais acabado dando problemas en un futuro cercano —murmuró para sí Eckhart—. Confío que este mensaje sea lo bastante claro para el resto de vosotros.

Una vez fuera, se aseguró de que nadie le había visto y pagó a un muchacho que rondaba cerca de allí para que le condujera a una buena posada. Esta vez con dinero auténtico.